

LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE MADRID
EN LA SEGUNDA REPÚBLICA

ea! ediciones de arquitectura



COLABORA



ORGANIZAN



LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE MADRID
EN LA SEGUNDA REPÚBLICA
Arquitectura y Universidad durante los años 30



LA FACULTAD DE

FILOSOFÍA Y LETRAS DE MADRID

EN LA SEGUNDA REPÚBLICA

Arquitectura y Universidad durante los años 30



La Facultad de Filosofía y Letras en la Ciudad Universitaria de Madrid, poco antes de la Guerra Civil.
Servicio Histórico Fundación Arquitectura COAM.

Cubierta. María del Carmen García Lasgoity (izquierda) y Ana María Giménez Ramos en un aula de
la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. 1934. Fotografía de Vidal. Agencia EFE.

LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE MADRID
EN LA SEGUNDA REPÚBLICA

Arquitectura y Universidad durante los años 30

CONDE DUQUE

Salas Juan de Villanueva y Pedro de Ribera

Del 18 de diciembre de 2008 al 15 de febrero de 2009

MINISTERIO DE CULTURA

Ministro
César Antonio Molina

Subsecretaria
María Dolores Carrión

SOCIEDAD ESTATAL DE CONMEMORACIONES CULTURALES

Presidenta
Soledad López

Director de Proyectos
Xosé Luis García Canido

Gerente
Ignacio Ollero Borrero

Consejo de Administración

Presidenta
Soledad López

Vocales

Concepción Becerra Bermejo

Rogelio Blanco Martínez

Raquel de Diego Ruiz

Eduardo Díez Patier

Fernando Escribano Mora

José Aurelio García Martín

José Ramón González García

Sixto Heredia Herrera

Javier Lanza García

José Luis Martín Rodríguez

Rosa Peñalver Pérez

Francisco Javier Sandomingo Núñez

Alberto Valdivieso Cañas

Natalia Vitores Mingo

Secretario

Manuel Esteban Pacheco Manchado

AYUNTAMIENTO DE MADRID

Alcalde
Alberto Ruiz-Gallardón

Delegada del Área de Las Artes
Alicia Moreno

Coordinador General de Infraestructuras Culturales
Juan José Echeverría

Directora General de Archivos, Museos y Bibliotecas
Belén Martínez

Jefa del Departamento de Museos y Exposiciones
Carmen Herrero

CATÁLOGO

Editan

Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales

Ayuntamiento de Madrid

Ediciones de Arquitectura. Fundación Arquitectura COAM

Colaborador especial

Consortio Urbanístico de la Ciudad Universitaria de Madrid

Colabora

Ministerio de Ciencia e Innovación

Acción complementaria HUM2007-30863-E

Proyecto

Universidad Complutense de Madrid

Universidad Politécnica de Madrid

Coordinación, diseño y edición

Santiago López-Ríos Moreno

Juan Antonio González Cárceles

Maquetación

Pedro Ibáñez

Luis Larraza

Coordinación de la producción

Fernando Villaverde Ediciones S.L.

Fotomecánica

Biblioteca de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid

Impresión

Julio Soto

© de la presente edición: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales /
Ayuntamiento de Madrid / Ediciones de Arquitectura. Fundación Arquitectura
COAM

© de las piezas: sus propietarios

© de los textos: sus autores

© de las imágenes: sus propietarios

Fotografías de las obras

Pablo Linés

Archivos fotográficos de las instituciones que se especifican en cada caso

Los editores han hecho todo lo posible para identificar a los propietarios
de los derechos intelectuales de las reproducciones recogidas en este catálogo.

Se piden disculpas por cualquier posible error y omisión, que quedará
automáticamente subsanado en siguientes reediciones.

ISBN: 978-84-96411-60-9 (Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales)

ISBN: 978-84-96102-41-5 (Ayuntamiento de Madrid)

ISBN: 978-84-96656-53-6 (Ediciones de Arquitectura. Fundación Arquitectura COAM)

D.L.: M-52896-2008

EXPOSICIÓN

Organizan

Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales
Ayuntamiento de Madrid

Colaborador especial

Consorcio Urbanístico de la Ciudad Universitaria de Madrid

Colaboran

Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid
Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología

Proyecto

Universidad Complutense de Madrid
Universidad Politécnica de Madrid

Comisarios

Santiago López-Ríos Moreno
Juan Antonio González Cárceles

Comité Científico

Pedro Feduchi Canosa
Francisco García Jurado
Miguel Lasso de la Vega
Daniel Marías
Jaime Olmedo Ramos
Rafael V. Orden Jiménez
Javier Ortega Vidal
Luis Enrique Otero Carvajal
Isabel Pérez-Villanueva Tovar
Antonio Rubio Bajo
Juan Miguel Sánchez Vigil

Coordinación Conde Duque

Olga Díaz
Alicia Navarro
María Josefa Pastor Cerezo

Coordinación SECC

Juan Lozano

Coordinación en la localización de antiguos profesores, alumnos y sus descendientes y documentación en archivos particulares

Daniel Marías

Documentalistas

Paloma Castellanos Mira
Pilar Rivas Quizaños
María Olivera

Equipo técnico

Laura Arroyo Martínez
Clotilde Martín
Borja Menéndez Díaz-Jorge
Gustavo Pérez Díez
Isabel Sánchez Moreno
Natalia Serkovic

Diseño de montaje

PEIPE

Coordinación de montaje de Conde Duque

Fernando Arias

Montaje

IDEARTE

Seguros

STAI

Transportes

TTI

Audiovisuales

Universidad Nacional de Educación a Distancia, Centro de Medios
Audiovisuales

LAYA

Con el patrocinio de OHL



Con la colaboración de

Filmoteca Española
Instituto Valenciano de Cinematografía IVAC
Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales

Maqueta virtual

Miguel Ángel Alonso Rodríguez
Ángel Martínez Díaz
Jorge Merino López
Javier Ortega Vidal
Enrique de la Osa Fraile

Difusión

Paula Criado

Publicidad

Jesús Araque
Roberto Leiceaga
Alicia San Mateo

Prensa

Isabel Cisneros
Mónica Hernández
Jon Mateo
Javier Monzón
Rosa Valdelomar Martínez-Pardo



Pedro Salinas con un grupo de alumnas en la Ciudad Universitaria de Madrid.
Años 30. De izquierda a derecha: 1. Aurora García Castilla; 2. Ana Bravo; 4. Laura de los Ríos; 6. María Josefa Salvatierra Las Peñas; 8. ¿Adelaida López Urmeneta?; 9. Isabel García Lorca. Sentada a la derecha, Mácar Nogués. Colección de María Josefa Salvatierra Las Peñas.

LOS ESTUDIOS DE LITERATURA HISPÁNICA*

MARCOS ROCA SIERRA y SANTIAGO LÓPEZ-RÍOS

Facultad de Filología

Universidad Complutense de Madrid

Volvíamos de clase
y el Guadarrama estaba allí,
haciéndose más alto cada día, más de nieve y tan alto
que era preciso crecer para mirarle

Luis ROSALES, *La casa encendida*.

Los estudios de Literatura Hispánica en la Facultad de García Morente presentan luces y sombras. Sin embargo, fijándonos en lo positivo, al acercarnos a lo que supuso esta renovación educativa, no podemos dejar de preguntarnos qué es lo que hizo posible la aparición de la mejor generación de profesores que ha dado nuestra Universidad y cómo puede ser que aún hoy pervivan, según el testimonio de muchos estudiantes de aquel extraordinario magisterio, la admiración incondicional por la Literatura Española y el recuerdo inolvidable de esa docencia.

Son muchas las circunstancias que propiciaron la aparición de esta Edad de Plata en la Universidad española. Además de los aspectos académicos renovadores que supuso el plan Morente, fue también, poco a poco, fraguándose algo que llegó a repercutir profundamente en la experiencia de sus protagonistas: una nueva forma de relacionarse profesores y estudiantes. No se trató tanto de estrechar los vínculos personales como de entablar una relación mucho más productiva y respetuosa. Para conocer la necesidad y oportunidad de este cambio, basta recordar cómo describe Tomás Navarro Tomás, profesor de la Facultad en esta

* Agradecemos al profesor Santos Sanz Villanueva sus sugerencias y al profesor Daniel Marías, los datos que nos ha facilitado. Estas páginas se han enriquecido mucho de las aportaciones de uno y otro.

época, las relaciones entre alumno y profesor antes de la entrada en vigor del plan Morente:

El funcionamiento tradicional de la enseñanza universitaria en España hacía que la relación de los estudiantes con los profesores se redujera simplemente a la mera asistencia a las clases y a la aprobación de los exámenes finales de curso. No había ocasión para que el alumno, atraído por alguna materia especial, recibiera del profesor, en una relación más inmediata, el consejo orientador y el adiestramiento metódico que todo principiante necesita¹.

De ahí el interés de García Morente por cambiar las cosas. Su declaración de principios, recogida en la revista *Residencia*, es bien conocida:

Los profesores tendrán que renunciar a vivir de la autoridad que le confirieron el nombramiento de catedráticos y las oposiciones ganadas. Tendrán que conquistar su autoridad y prestigio y conservarlo mediante continuo esfuerzo al servicio de la enseñanza. Porque, no estando obligados los alumnos a la asistencia y pudiendo elegir maestro, y no habiendo de temer el acto del examen particular por asignaturas aisladas, elegirán sin duda los profesores de cuyas enseñanzas saquen mayor provecho. De esta suerte, el estímulo es para todos, maestros y discípulos, en auténtica colaboración espiritual².

Y es que había profesores que ocupaban los puestos más altos del escalafón académico, pero que, en la práctica, carecían de la excelencia docente que se les daba casi por supuesta. Y al contrario, hubo otros que, sin tener gran relevancia académica, dejaron una profunda huella en la vida de sus estudiantes, tal y como atestiguan repetidamente los alumnos que asistieron a sus clases.

Una de las innovaciones más destacadas del plan Morente —evitar la creación de compartimentos estancos dentro de las Humanidades— tuvo especial repercusión en el área de Literatura. Esto explica, por ejemplo, que un catedrático de Historia de la Lengua Castellana como Américo Castro impartiera espléndidos cursos de literatura española o francesa. Los ejemplos de esta versatilidad fueron tan abundantes como productivos e hizo que la materia de Literatura se beneficiara de unos profesores de altísima calidad que pertenecían a otras áreas.

Juan Hurtado Jiménez de la Serna era el titular de la cátedra de Literatura Española. No creó escuela ni dejó gran huella en la disciplina, pero por su posición gozó de gran influencia, que permitió, entre otras cosas, que su *Historia de la Literatura Española* se convirtiera en un *best seller*. Nacido en Granada el 22 de agosto de 1875, aparte de doctor en Filosofía y Letras, era licenciado en Derecho. En los primeros años del siglo xx, opositó, sin éxito, a cátedras de Universidad en Valencia, Santiago de Compostela, Salamanca, Madrid, Barcelona, Granada, Sevilla y Oviedo. En diciembre de 1906, se incorporó a la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en calidad de profesor auxiliar de la sección de Letras. Su hoja de servicios certifica

¹ Tomás NAVARRO TOMÁS, «Don Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos», *Anuario de Letras*, 8 (1968-1969), pág. 9.

² Manuel GARCÍA MORENTE, «La nueva Facultad de Filosofía y Letras en la Ciudad Universitaria de Madrid» (1932), en *Obras completas*, ed. Juan Miguel Palacios y Rogelio Rovira, Barcelona-Madrid, Anthropos-Fundación Caja de Madrid, 1996, págs. 342-353 (pág. 351).

un «desempeño constante de las cátedras de Paleografía y Latín Vulgar de la Universidad Central» y el «eventual de las cátedras de Lengua y Literatura Españolas, Lengua y Literatura Latinas, y Filología Comparada del Latín y el Castellano» (AGA, expediente en caja 31/15962). Fue catedrático, por oposición, de Lengua y Literatura Españolas en la Universidad de Sevilla (desde el 15 de diciembre de 1910) y de la de Madrid desde el 1 de abril de 1914. Falleció el 27 del septiembre de 1944 (AGA, expediente en caja 31/1467). Este profesor que, en la declaración jurada que se ve obligado a hacer con ocasión de su depuración (fecha en Madrid el 2 de octubre de 1941) se define como «un hombre siempre de orden y de derechas» y que «siempre ha sido católico» (AGA, caja 31/1467), fue el autor, en colaboración con Ángel González Palencia, del manual de referencia de la asignatura, una obra aparecida en 1921, pero que contó con múltiples ediciones y «cuyo recitado exigía de pe a pa» a sus alumnos³, algo de lo que abominaba Américo Castro⁴. Se trata de un texto positivista, escrito bajo el influjo de Menéndez Pelayo, que «vuelca sus esfuerzos en no olvidarse ningún autor representativo de la literatura española y trazar el esquema argumental de las obras convencionalmente reconocidas por la tradición decimonónica como propias del canon»⁵. Tal éxito editorial de su obra, que consiguió desplazar al manual de James Fitzmaurice-Kelly, contrasta con el demoleador retrato que le dedica Francisco Ayala: «En cuanto a don Juan Hurtado, Juanito como le llamábamos por burla, era un granadino gordo, desgarrado, miope, mediocre y torpón, que no dominaba la clase y tenía que afrontar las clásicas bromas majaderas de los estudiantes»⁶. Pedro Salinas no se queda atrás en su valoración. Le detestaba. Le llamaba «la bestia de Hurtado, el autor de ese manual desdichado [...], que tiene menos espíritu que un ladrillo»⁷. No compartía Salinas su forma de entender la literatura: «Es ya hora de acabar en España con esta degeneración del concepto de historia literaria, miserablemente historicista, que domina y que permite que un pobre hombre como Hurtado sea profesor de Madrid. Ya sé que sería mucho más cómodo para mí aceptar el lugar común, y acatar la necedad ambiente, pero no lo puedo hacer, en conciencia»⁸.

Como muy bien explica en este mismo libro María de los Santos García Felguera, mejores impresiones dejó entre sus alumnos Andrés Ovejero Bustamante (1871-1954), catedrático de Teoría de la Literatura y de las Artes desde 1902. Ovejero apenas publicó, pero no por ello deja de ser injusto el olvido que pesa sobre su figura, según señala la citada investigadora. Aparte de innegables aptitudes para la docencia, demostró una especial sensibilidad para el análisis de la Literatura y el Arte que no entendía, por supuesto, como dos realidades independientes, sino todo lo contrario. Alonso Zamora Vicente ha evocado la «pasión» de este profesor en clase, al que se le contemplaba «con simpatía, con una irrefrenable simpatía», y al que admiraba también Rafael Lapesa:



Portada de la tercera edición de *Historia de la Literatura Española* de Juan Hurtado y Ángel González Palencia (1932). Biblioteca del Instituto Internacional, Madrid.

³ Hipólito ESCOLAR, «Homenaje a D. Luis Morales Oliver», en *Homenaje a Luis Morales Oliver*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1986, págs. 57-60 (pág. 57).

⁴ Américo CASTRO, *Lengua, enseñanza y literatura (esbozos)*, Madrid, Victoriano Suárez, 1924, pág. 216.

⁵ Antonio MARTÍN EZPELETA, «La historiografía literaria española de la primera mitad del siglo XX», pág. 10. Portal Liceus (www.liceus.com; último acceso enero 2008).

⁶ FRANCISCO AYALA, *Recuerdos y olvidos*, Madrid, Alianza Editorial, 1984, 1, pág. 71.

⁷ Pedro SALINAS, *Cartas a Katherine Whitmore. El epistolario secreto del gran poeta del amor*, ed. Enric Bou, Barcelona, Tusquets, 2002, pág. 141.

⁸ *Ibidem*, pág. 173. Para más información sobre este personaje, véase la entrada que hemos redactado para el *Diccionario Biográfico Español*, Madrid, Real Academia de la Historia.



Luis Morales Oliver. Años 30. Colección de la familia de Luis Morales Oliver.

La inanidad cultural de esta sucesión de enseñanzas gramaticales mondas y apresuradas se compensaba en parte gracias al catedrático de Teoría de la literatura y de las artes, don Andrés Ovejero; su rico caudal de lecturas y su gran capacidad de síntesis le permitían ganar el interés de sus oyentes con inesperados panoramas, brillantes parangones y una oratoria que, no obstante su teatralidad, ganaba adeptos a la historia de las ideas y hacía sentir la belleza, tanto artística como literaria. El curso que dedicó a Cervantes en 1925-1926 fue inolvidable; y no sólo porque nos hizo leer toda la obra cervantina y ahondar en sus problemas, sino porque en relación o en contraste con ella nos despertó el afán por conocer la de Shakespeare, Goethe, Dostoievski, Ibsen, Galdós, Nietzsche y tantos más.

Mercedes Fernández Valladares y Gloria Rokiski, en el capítulo de los «Estudios de Bibliografía», en este mismo libro, comentan la influencia que Ovejero ejerció sobre Pedro Sainz Rodríguez. Cumple ahora sólo recordar que éste también demostró la deuda de su trayectoria investigadora con su maestro en la dedicatoria de su libro *Don Bartolomé José Gallardo y la crítica literaria de su tiempo* (Nueva York-París, 1921):

A mi querido maestro, don Andrés Ovejero Bustamante. Una conversación con Vd. me sugirió la idea de escribir este libro; recíbalo ahora como un recuerdo de las horas de trabajo común transcurridas en su cátedra de la Universidad Central y como testimonio de sincera amistad.

El escritor chileno Luis Enrique Délano lo describió como «un erudito que sabía mucho de muchas cosas», pero entregado a sus estudiantes: en 1936 prometió a los autores de los mejores ensayos sobre Bécquer un viaje a Sevilla para leer los trabajos junto a la estatua del poeta, proyecto que frustró la guerra⁹. Su estilo docente era inconfundible. Julián Marías comenta en sus memorias las frases con las que regalaba a sus alumnos en las clases; algunas verdaderas greguerías: «Los bedeles son relojes en dos pies»¹⁰. Lolita Franco, la futura esposa de Marías, transcribió estas frases en un documento verdaderamente delicioso titulado «Vocabulario de Ovejero», que encaja a la perfección con la anécdota que de este profesor cuenta Ángela Barnés al final del presente libro.

Al estallar la Guerra Civil, Ovejero desempeñaba por acumulación la cátedra de Literatura Hispanoamericana¹¹. Con justicia, puede considerársele uno de los impulsores de estos estudios en nuestra Universidad. Bajo su dirección, por ejemplo, Antonio Rebolledo leyó su tesis doctoral en 1934 sobre las *Fuentes de inspiración y estudio crítico de El periquillo Sarniento, novela picaresca mexicana de José Joaquín Fernández de Lizardi*. A su muerte, Ovejero donó sus libros sobre temas hispanoamericanos a la biblioteca de su Facultad¹².

Muy buen docente debió de ser también Luis Morales Oliver (1895-1982). Profesor auxiliar desde 1926, enseñaba Lengua y Literatura Españolas en el curso prepa-

⁹ Luis Enrique DÉLANO, *Sobre todo Madrid* [1939], ahora en *Memorias. Sobre todo Madrid. Aprendiz de escritor*, Santiago de Chile, RIL Editores-Adica, 2004, pág. 204.

¹⁰ Julián MARÍAS, *Una vida presente*, Madrid, Alianza Editorial, 1, pág. 100. Los testimonios de Isabel García Lorca, Rafael Lapesa y Conchita Zamacona, que se citan de forma abreviada, pueden leerse íntegros al final de este volumen.

¹¹ Véase Estado del personal docente de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid a 24 junio de 1936, Archivo Central del Ministerio de Educación, Deporte y Política Social, caja 92.662.

¹² Véase Pilar PARRA GARRIGUES, *Historial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid (ensayo bio-bibliográfico)*, Madrid, Universidad de Madrid, 1956, pág. 336.

ratorio del plan de estudios García Morente. Aunque desarrollará su principal labor investigadora después de la Guerra Civil, en 1922 había leído ya su tesis, elaborada en gran parte gracias a las estancias en París, Bruselas, Amberes y Roma como pensionado de la JAE¹³. A partir de su investigación doctoral preparó la monografía *Arias Montano y la política de Felipe II en Flandes* (Madrid, Voluntad, 1927). Hipólito Escolar, refiriéndose específicamente a sus enseñanzas en el curso 1935-1936, escribe que «literalmente embobaba a los alumnos con su cálido verbo y con la manera sugerente de exponer los temas literarios». Y añade que él «iba, como a una fiesta, a las clases de Morales, en las que, espectáculo sorprendente en aquellos años, había gente de pie y sentada en las escaleras y en el suelo porque ese día, al igual que otros muchos, los oyentes espontáneos sobrepasaban a los estudiantes matriculados»¹⁴. También Julián Marías evoca sus clases en el curso preparatorio: «Explicaba Literatura española un estupendo profesor para principiantes, aunque no fuese una gran figura; tenía vocación, gusto por la literatura, leía con entusiasmo y nos lo contagiaba».

José Fernández Montesinos (1897-1972) era un discípulo de Américo Castro, que, a su regreso de un lectorado en Hamburgo en 1932, volvió al Centro de Estudios Históricos, donde ya había trabajado entre 1917 y 1920, puesto que compaginó con una plaza de ayudante en la Facultad de Letras, hasta que la guerra interrumpió su carrera académica en España. Fernández Montesinos, en tanto que discípulo de don Américo, era miembro indiscutible de la escuela de Menéndez Pidal, pero recibió también un claro influjo de Ortega y Gasset. Comparando su aproximación a la literatura con la de Dámaso Alonso, él mismo declaró:

Dámaso Alonso podrá preferir los análisis formales, pero nunca olvida su sólida preparación filológica, y el tiempo histórico nunca se escamotea en sus estudios. Pero yo seguía siendo más ortodoxamente orteguiano. Yo no podía olvidar que en sus años de más admirable madurez, Ortega nos enseñaba que la historia de las ciencias y disciplinas del espíritu no podía ser otra cosa que alta sociología, ya que ninguna de esas actividades podía darse en el vacío¹⁵.

Por influencia de su maestro, desde el inicio de su trayectoria investigadora, Montesinos se volcó en el estudio de Lope de Vega, y publicó antes de la contienda numerosos artículos sobre este clásico de nuestro Siglo de Oro, sobre todo —pero no exclusivamente— en la *Revista de Filología Española*, aparte de interesarse por Alfonso y Juan de Valdés. De los tres autores, además, preparó diversas ediciones para la colección «Clásicos Castellanos», que alcanzarían gran difusión. Sus ediciones de la poesía de Lope fueron fundamentales para los poetas del 27. En palabras del mismo filólogo:

Los creadores fueron Federico García Lorca, Rafael Alberti, con otros [...]. Ellos tomaron de la mano a Lope y lo volvieron a acercar al español de hoy, en versos que a veces suenan a Lope mismo [...]. Pero, y esto tengo que decirlo con modestia, y



José Fernández Montesinos. Fondo José Fernández Montesinos. UTAD, CCHS, CSIC, Madrid.

¹³ Una hoja de servicios suya, fechada en 1935, se encuentra en el expediente de la oposición a la cátedra de Lengua y Literatura Españolas (Universidad de Santiago de Compostela) de aquel año (AGA, caja 32/13560; 9575/10).

¹⁴ Hipólito ESCOLAR, pág. 57. Julio Calonge también recuerda a Luis Morales Oliver como excelente profesor. Comunicación personal a Santiago López-Ríos (29 de abril de 2008).

¹⁵ Citado por FRANCISCO ABAD, «Trayectoria crítica de José Fernández Montesinos», *Signa*, 6 (1997), págs. 11-23 (pág. 13).

VOCABULARIO DE OVEJERO.

Grandes frases.

La negligencia del personal subalterno es el último baluarte de la ociosidad.

Hay que abolir la barbarie y la frivolidad y que sembrar de sal el solar de la Universidad.

-Estamos en el plan quinquenal del paro universitario.

La Universidad es el último reducto de la holgazanería dominguera española.

La revolución no hay que hacerla con p labial, sino con ~~la~~
v de corazón.

"Pequeñas" frases dichas mil veces diarias.

Ineludiblemente.

Acre vituperio.

Hablado copiosamente...

Imaginación errabunda.

Paladina demostración.

Nuestro pseudo-curso.

Deo volente.

Las deficiencias del personal subalterno...(Los bedeles).

Las negligencias de esta casa...(La Universidad).

Me importa un ardite.

Hemos de soslayar:

el oficio de adocinador de nuevas generaciones,...

Pasmosamente admirable.

No rectifico una tilde;ratifico.

Metáforas corruscantes.

El sentido dionisiano de las fiestas...(A propósito de faltar a clase los días de fiesta religiosa).

Consideraciones erótico-artísticas.

Tema abstruso.

Elucubraciones fantásticas.

El caracter eglógico de esta miserable farsa...(Nuestro curso).

El individuo que lanza un anatema...(El alumno que hace ruido o habla).

Quien no tiene con esta casa sino un vínculo tan frágil que ha de romperse en breve plazo...(o que está a punto de romperse) - (Él).

En el cómputo de los meses y los años...

En estos cursos ficticios llenos de tendencias frívolas y livianas estamos en una situación verdaderamente caótica.

Tendencias eclépticas.

Ni más...ni menos.

Basta una simple indicación...

Lo que importa es...

Incorrección.

Parece que estamos en un Juzgado Municipal.(Cuando hay ruido o se dan portazos.)

La dignidad personal...

El sentido de la propia responsabilidad...

Ineludibles deberes...(Cuando llega tarde).

Órdenes superiores...(El Decano).

La superchería académica que venimos arrastrando como un legado vergonzoso de otras épocas.

Los hedeles son relojes en dos pies.

Hay que eliminar y seleccionar.

En esta maldita casa... (La Aprensividad)



Retrato de José Fernández Montesinos realizado por Manuel Ángeles Ortiz. Óleo sobre lienzo. 1920. Fundación Federico García Lorca, Madrid.

pido perdón por decirlo, antes había venido yo, que no había escrito versos lopescos ni de otra especie, pero había sacado a luz aquellos de Lope que mi generación mejor podía entender¹⁶.

En este contexto hay que situar también la labor que realizó, junto a Pedro Salinas, en *Índice Literario* (1932-1936), la revista del Centro de Estudios Históricos consagrada a analizar la producción literaria del momento. No hay espacio aquí para volver sobre estos asuntos, sobre los que por otra parte contamos con valiosos estudios¹⁷, pero era imprescindible la referencia para entender mejor la labor docente de este discípulo de Américo Castro en la Facultad.

Los estudiantes de Montesinos lo recuerdan con grandísima admiración, profundo respeto y cariño sincero. Francisco López Estrada, alumno suyo en el preparatorio, lo definió como un «improvisador genial, agudamente sugeridor sin que le importase un aparente descuido que nos lo dejaba más cerca» y confesó que, de todos los profesores, fue el que le dejó «más honda señal»¹⁸. Sobre su aspecto descuidado habla también Julián Marías, dejando claro que quizá eso era lo de menos:

Era bohemio, inverosímilmente sucio y desaliñado, siempre despeinado y con los trajes arrugados. Una amiga común, que lo quería mucho, me decía: «A Montesinos parece que habría que limpiarlo en el tinte, con ácidos y qué sé yo». Daba la clase a la una, la última hora: acababa de despertarse, y todavía estaba soñoliento; por la tarde empezaba a vivir, y cuando resplandecía era por la noche, cuanto más tarde mejor. Fumaba constantemente, con un cigarrillo puesto en el centro de la boca, inmediatamente sustituido por otro. [...] Aunque soñoliento, daba el mejor curso de Literatura; en una de las aulas grandes, y lo tuvo que dividir en dos grupos.

A Montesinos le llamaban «el lobo feroz» y todo el mundo lo quería y lo admiraba. Era agudo, irónico, con un saber rico y preciso. Yo no tenía obligación de seguir su curso pero lo hacía por gusto e interés intelectual. Esto era frecuente en una Facultad nada utilitaria, con verdadero «lujo vital». Algún tiempo después, Gaos y Montesinos dieron un delicioso curso «al alimón», sobre Teoría y Didáctica de las ciencias del espíritu. Ortega solía asistir, y se sentaba entre nosotros¹⁹.

Los testimonios de admiración de sus alumnos son, en verdad, incontables. Carmen Castro, la hija de su maestro, le escribió para rogarle que aceptara como oyentes a dos compañeros suyos del Instituto Nacional de Segunda Enseñanza Lagasca para que aprendieran —y el subrayado es suyo— «cómo se da una clase»²⁰. Carmen de Zulueta dedica, en este mismo volumen, una frase a Montesinos que constituye, quizás, uno de los mayores elogios que puede recibir un profesor de literatura: «Nos hizo ver cómo la literatura influye en la vida porque influyó en la nuestra». Recuerda, además, cómo sus enseñanzas sirvieron de estímulo para la elaboración de una revista de creación, *Floresta de prosa y verso*, a la que también se refiere con nostalgia Conchita Zamacona. Esta publicación sólo apareció el curso

16 Citado por Francisco ABAD, pág. 16.

17 Aparte del citado artículo de Francisco Abad, véanse también Emilia DE ZULETA, *Historia de la crítica española contemporánea*, Madrid, Gredos, 1974, págs. 263-269 y Pedro ÁLVAREZ DE MIRANDA, «Presentación», en José FERNÁNDEZ MONTESINOS, *Entre Renacimiento y Barroco. Cuatro estudios inéditos*, Granada, Comares, 1997, págs. VII-XXXV.

18 Véase Francisco LÓPEZ ESTRADA, «Don Américo, 1935-1985», en (eds.), José Jesús BUSTOS y Joseph H. SILVERMAN *Homenaje a Américo Castro*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1987, págs. 135-141 (pág. 136).

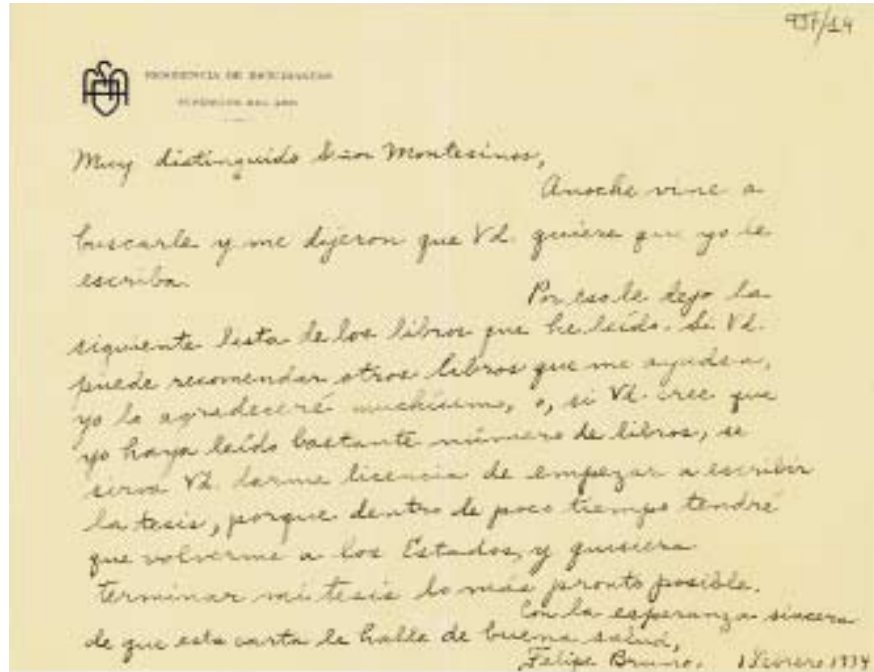
19 Julián MARIAS, pág. 117.

20 Carta de Carmen Castro a José Fernández Montesinos (sin fecha), fondo José Fernández Montesinos, UTAD, CCHS, CSIC, 932/239.



Lolita Franco. 1935. Colección de la familia Marías.

Carta de Felipe Bruno a José Fernández Montesinos. 1 de febrero de 1934. Fondo José Fernández Montesinos, UTAD, CCHS, CSIC, Madrid.



1935-1936, y su nombre parece evocar la efímera revista murciana de finales de los años 20²¹. La *Floresta de prosa y verso*, exquisitamente cuidada en contenidos y tipográficamente, recogía tanto poemas de los grandes autores del momento (Vicente Aleixandre, Federico García Lorca...) como textos de los jóvenes estudiantes de la Facultad: la propia Carmen de Zulueta, Francisco Giner de los Ríos, Joaquín Gurruchaga, Arturo del Hoyo, Dolores Catarineu, Joaquín Díez-Canedo, Antonio Jiménez-Landi, Nieves de Madariaga, Conchita Garayzábal... Mucho más modesta era otra publicación estudiantil, *Almena*, que tenía una sección titulada «Hojas de poesía», con poemas de los alumnos. Complemento de ambas revistas eran los *Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras*, de los que aporta valiosos datos Isabel Pérez-Villanueva Tovar en este mismo libro. La sección de «Letras Modernas» en los *Cuadernos* estaba a cargo de un joven estudiante, que se convertiría en uno de nuestros mejores poetas de posguerra, Luis Rosales.

El estallido de la guerra trajo para Montesinos la noticia del brutal asesinato de su hermano Manuel y su pariente Federico García Lorca en Granada. La elegante y conmovedora carta que le dirige Lolita Franco el 20 de agosto de 1936 destila el profundo y sincero cariño que le profesaba y traduce, al mismo tiempo, el dolor de saber que una idílica vida universitaria se rompía para siempre:

Sé por Matica [Goulard] que, sobre la tristeza de estos días de dolor español por que todos pasamos, tiene usted inquietud por su hermano y su madre allá en Granada. Con este motivo le recuerdo con un interés sincero. Pensé en ir a verle al

²¹ Véase Francisco Javier Díez de Revenga, «La revista *Verso y Prosa* (1927-1928)», en (coord.) Manuel J. Ramos Ortega, *Revistas Literarias españolas del siglo XX (1919-1975)*, Madrid, Ollero y Ramos, 2005, I, págs. 263-280.



Cuaderno de escolaridad de Luis Rosales.
Archivo Histórico Nacional, Madrid.

Centro, pero temí interrumpir su trabajo y más aún que me hablara de los cursillos que en estos instantes le son a uno indiferentes.

A pesar de todos los inconvenientes, no quiero dejar de enviarle un saludo con mis mejores deseos respecto a su familia y una modesta voluntad de compañía en esta etapa de angustia. Usted es bueno y su bondad un hallazgo feliz —¡entre tan pocos!— creo que para muchos de nosotros. Por ello, puede contar seguramente con muchos afectos leales. Desde luego, con el mío. Su discípula, Lolita Franco²².

No habrá que destacar, pues es de sobra conocido, que a dos grandes profesores que ocupaban otras cátedras en la Universidad y desarrollaban su labor investigadora en el Centro de Estudios Históricos. Ramón Menéndez Pidal y Américo Castro hicieron contribuciones de primera magnitud al estudio de la Literatura Española por esos años. A ellos se dedican valiosas páginas en este mismo libro y no hay espacio para ni siquiera asomarse aquí a tan amplio asunto²³, pero tal vez sí convenga en este panorama que estamos trazando evocar las clases de Américo Castro (1885-1972). Para este catedrático de Historia de la Lengua Española —que había publicado antes del traslado de la Facultad a Ciudad Universitaria *El pensamiento de Cervantes*, una obra que se sigue considerando como un hito en el cervantismo, además de multitud de trabajos sobre Lope, Tirso, Santa Teresa y otros autores— el texto literario constituía el núcleo de su docencia. Julián Marías describió a Américo Castro con cuatro adjetivos precisos: «atildado, elegante, tajante e irónico»; los dos últimos parecen encajar con las anécdotas que de sus clases nos transmite Isabel García Lorca:

²² Fondo José Fernández Montesinos, UTAD, CCHS, CSIC, 937/340.

²³ Véase el capítulo sobre los «Estudios de Lengua Española y Filología Románica».

Dolores Torres Franco. (Sr. Montesinos.)

Literatura.

La picaresca:

La valoración de la picaresca en la literatura española ha sido muy variada. Hay mucho que corregir.

En la época positivista hubo una sobrevaloración de la picaresca. En el siglo XIX la presentaba como una muestra de naturalismo, mucho más antigua y más artística que el francés.

Se usaba también como fuente de información para conocer la España de los Austrias, pero por juicio mucho para la verdadera valoración.

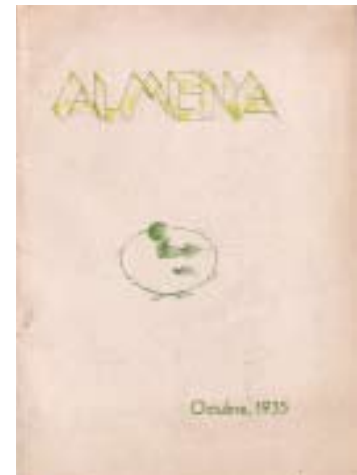
Hubo tres prejuicios de tanto:

- 1º) la preocupación por el realismo
- 2º) el picaresco mismo como exponente social.
- 3º) el que el marqués como rim halley era una muestra de realismo.

Se englobaba la picaresca con la Celestina, Pincelada y Cor-

Apuntes de una clase de José Fernández Montesinos tomados por Lolita Franco. Años 30. Colección de la familia Marías.

Yo me llevé muy bien con todos mis profesores, si exceptuó a don Américo Castro. Nos teníamos, no sé por qué, un odio mortal. Un día me pidió que resumiera oralmente el primer acto de *La Celestina*. Yo lo hice y me dijo: «Está bien, bastante bien, pero tiene usted un acento granadino insoportable, que no tiene más remedio que corregir». Se pasó un buen rato despotricando contra los granadinos, y eso que su familia era de Granada. Yo le contesté, bastante dolida y molesta, que no pensaba hacer nada con mi modo de hablar y que nadie me había dicho nunca que fuera insoportable.



Portada de la revista *Almena*. Octubre de 1935. Colección particular.

Portada del número 5 de la revista *Floresta de prosa y verso*. Mayo de 1936. Colección particular.

Me hacía constantes preguntas. «¿Sabe usted lo que es un violín?», me preguntó un día así a bocajarro. «Un instrumento musical con cuatro cuerdas que se toca con un arco, formado de innumerables cuerdas finísimas», contesté rápidamente yo. «¿Y un piano?» «Un instrumento de percusión diferida.» Mi lucidez de aquella mañana debió de sentarle como un auténtico tiro. Yo me defendía bastante bien de sus ataques, sobre todo en comparación con dos pobres chicas de Valladolid que muchos días salían llorando, a pesar de su perfecto castellano. Un buen día me dijo: «¿Sabe usted lo que es un chichón?», y contesté, «Sí, un tolano», que es como se llama en

Jorge Guillén con un grupo de estudiantes en la Ciudad Universitaria de Madrid. De pie, en el extremo de la izquierda: 1. Ángela Campos; 2. Laura de los Ríos; 3. ¿Adelaida López Urmeneta? De pie, en el extremo de la derecha, Ana Bravo; delante de ésta, Isabel García Lorca; a su lado, Carmen Aguayo. Detrás, ¿Carmen Fernández Moya? De rodillas, María Josefa Salvatierra Las Peñas. Sentada en el centro, Mácar Nogués; a su lado, Aurora García Castilla. 28 de abril de 1933. Colección de María Josefa Salvatierra Las Peñas.



Granada a los chichones. ¡Gran exclamación! Dijo no conocer la palabra. Nuestro gran amigo y defensor en aquella clase era el poeta Quiroga Pla, yerno de Unamuno, que se había matriculado aquel curso, aunque era mucho mayor que todos nosotros. Hombre ingenioso y culto, sabía mucho. Con él Castro no se atrevía.

Más allá de lo anecdótico, el relato de Isabel García Lorca hay que entenderlo en conexión con la voluntad de Castro de procurar una formación integral del licenciado, tratando de combatir lo que para él era una gran verdad, que había que declarar sin pelos en la lengua: «Las Facultades de Letras son fundamentalmente ágrafas. Se puede salir de ellas con el título de doctor, escribiendo con los pies e incluso con faltas de ortografía»²⁴. Las preguntas de sus clases responden, ciertamente, a la que él mismo se hacía en los años 20:

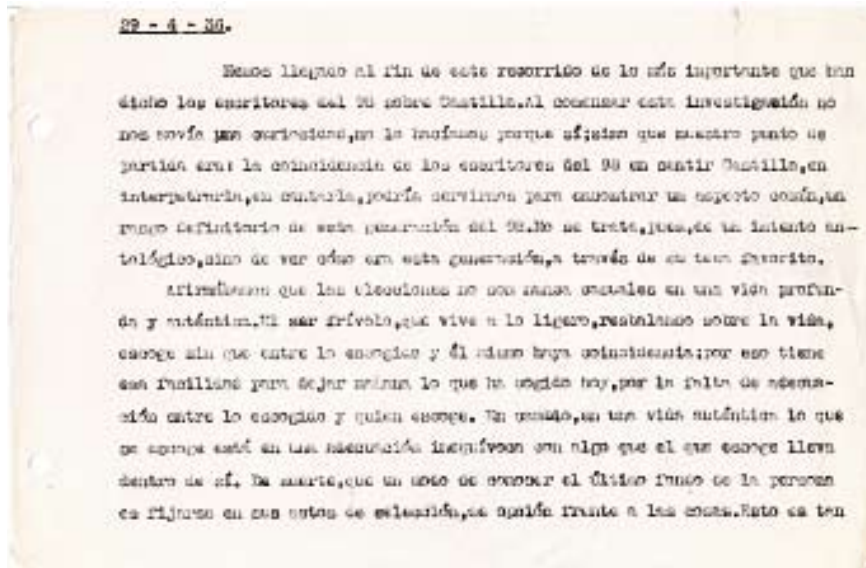
¿Qué sentido tiene, por ejemplo, que yo enseñe a mis alumnos los abstrusos problemas de la gramática histórica, siendo así que la mayoría de ellos no ha leído a nuestros grandes autores, ignora los elementos de la gramática y escribe con una pasmosa vulgaridad, cuando no con incorrección?²⁵

Desde luego, Américo Castro —sin duda, una de las grandes pérdidas de la Facultad de Letras madrileña tras la Guerra Civil— fuera cual fuera su carácter, era un intelectual extraordinario, con un inmenso bagaje de lecturas y una sensibilidad exquisita. Así recuerda Rafael Lapesa la docencia de su maestro en aquellos tiempos:

Ahora bien, tuvimos que llegar al último año de licenciatura y oír los comentarios de Américo Castro al *Pro Archia poeta* de Cicerón, al encuentro de don Melón y doña Endrina en la plaza, a la *Celestina* y el *Quijote* para saber lo que era enfrentarse con un texto, desentrañarlo como creación lingüística y literaria, y ver cómo se reflejan en él un momento histórico, una visión del mundo y unas formas de vida.

²⁴ Américo CASTRO, pág. 236.

²⁵ *Ibidem*, pág. 230.



Apuntes de clase sobre la Generación del 98 de Pedro Salinas pertenecientes a Lolita Franco. 29 de abril de 1936. Colección de la familia Marías.

Jorge Guillén (1893-1984), catedrático de la Universidad de Sevilla por estas fechas, fue invitado a impartir cursos en la Facultad de Letras madrileña. Emocionada los evoca Isabel García Lorca en sus memorias:

Conocí a Jorge Guillén en la Universidad de Madrid. Creo que fue el año 1933. Me había matriculado en un cursillo organizado por la Facultad de Filosofía y Letras —en aquellos años ya con el nuevo plan de estudios creado por García Morente— y Guillén venía de la Universidad de Sevilla, donde ya era catedrático, invitado por la de Madrid a hablarnos sobre la poesía de Bécquer.

Me senté en la primera fila (siempre lo hacía para no distraerme). Él se bajó de la tarima, se puso delante de mí y, abriendo los brazos y torciendo ligeramente la cabeza, dijo: «Isabelita García Lorca. Muy bien, muy bien». A Guillén le gustaba repetir la misma frase por lo menos dos veces, con aquella risa entre cariñosa e irónica que tan bien expresaba su carácter.

Era joven, con un aire muy distinguido, pero recuerdo que a mí me pareció un señor mayor. Sus clases eran maravillosas, indescriptibles, porque no nos parecían clases. Era una conversación que, dada nuestra timidez e ignorancia, muchas veces se quedaba en monólogo. Leía y comentaba un poema. Él siempre contaba, hasta sus últimos días, que Federico le decía: «Van a tu clase y todos los días vienen llorando de la universidad». Llorando no, pero sí deslumbradas como quien ha asistido a un descubrimiento.

El otro gran poeta del 27 que enseñó en la Facultad de Morente fue Pedro Salinas (1891-1951)²⁶. Para Jean Cross Newman, la palabra «reverencia» es la que mejor define la actitud de sus estudiantes²⁷. El término implica, a la vez que adoración, cierta distancia personal. Y es que, al contrario que Ortega y Gasset, Salinas mantenía una actitud distante, aunque nunca fría, con los estudiantes. Ortega salía del aula arrastrando tras él una legión de alumnos como la cola de

²⁶ AGUCM, expediente P-686.

²⁷ Jean Cross NEWMAN, *Pedro Salinas y su circunstancia. Biografía*, Madrid, Páginas de Espuma, 2004.



Portada de la primera edición de *La voz a ti debida* (1933). Biblioteca del Instituto Internacional, Madrid.

un cometa, deseosos de continuar con la discusión que habían mantenido en la clase. Era habitual la imagen de su chófer siguiéndole pacientemente hasta que conseguía desprenderse del grupo. Salinas siempre evitaba este tipo de situaciones. Sin embargo, era, sin duda, uno de los profesores más populares y más queridos de la Facultad. Las fotos que se han conservado del poeta en la Ciudad Universitaria, posando sentado incluso en el suelo junto a unos estudiantes radiantes de felicidad, son testimonio elocuente del aprecio que había entre el profesor y sus jóvenes alumnos. Los apuntes de las clases de Salinas, cuidadosamente mecanografiados por Lolita Franco y conservados por ésta durante toda su vida, hablan también de la admiración, estima y respeto que el autor de *La voz a ti debida* inspiraba entre sus estudiantes.

Juan Marichal considera que el móvil permanente de la actividad docente de Salinas era la tarea de ganar corazones para la Literatura Española. Ganar «un solo corazón más», comentó en alguna ocasión²⁸, justificaba y daba sentido a una clase. Salinas, que llegó a Madrid con una amplia experiencia docente, pensaba que el deber pedagógico del profesor es el de acostumbrar a la admiración por la literatura, contagiarla, divulgarla, universalizarla. La admiración ha de elevarse por encima del espíritu humano otorgando un sentido vital al texto. El hombre se aproxima más a su plenitud cuando logra *trasvivirse* (¡qué genial neologismo!) en las creaciones del arte y la literatura. La crítica literaria la concibe como una operación multiplicadora de nuestras vidas, y esta labor no puede ser realizada a no ser que el crítico-profesor-comentador no posea él mismo una «sensibilidad resonadora»²⁹. Considera Juan Marichal que «Salinas era uno de los máximos pedagogos de la enseñanza universitaria de la literatura en nuestro siglo [...]. Salinas aspiraba a hacer patentes los valores humanos de literatura española por afán de integración universal: las grandes obras hispánicas podrían contribuir al nacimiento de una auténtica comunidad humana del espíritu»³⁰.

Diferenciaba las clases de Salinas de otros compañeros como Hurtado la orientación actualizadora de los textos literarios: el texto ante todo (parece volver sobre los pasos de la práctica humanista del *sicut cervus ad fontes*) apartándose en lo posible de planteamientos eruditos. La interpretación subjetiva de los textos en su más pleno sentido *poiético*. Ramón Carande señaló que Salinas «familiarizó a los jóvenes con la enseñanza de cosas vivas, eliminando la rutinaria reiteración habitual de nombres de autores y títulos de libros»³¹. Isabel García Lorca nos ha transmitido la imagen que de él tenían los estudiantes: «Es curioso: nunca lo tuvimos por un erudito, aunque lo era». Y añade:

Él tenía la cualidad de todo gran profesor, el poder de expansión. Relacionaba como nadie el momento histórico del escritor con su estado de ánimo. El texto no se quedaba fijo en la página, sino que nuestra imaginación tenía que esforzarse

²⁸ Juan MARICHAL, *La voluntad de estilo*, Madrid, Revista de Occidente, 1971, pág. 240.

²⁹ *Ibidem*, pág. 239.

³⁰ *Ibidem*, pág. 246.

³¹ La cita en Antonio RIVERO TARAVILLO, *Luis Cernuda. Años españoles (1902-1938)*, Barcelona, Tusquets, 2008, pág. 74.

y expandirlo dentro de los sentimientos y del momento del que lo escribió, a las vicisitudes de su espíritu, su peculiar circunstancia. Y un texto lejano en el tiempo y, por lo tanto, lejos de nuestro propio sentir, él [...] nos lo hacía ver desde la propia situación vital de su creador. Nadie como él para llegar a eso tan difícil como es unir todos estos elementos que están no sólo en un texto, sino que lo rodean y, por tanto, lo producen, y teníamos muy claro que había la obligación de unir hechos, ideas, ambiente, sentimientos que justificaban el texto. Eso se llama ser maestro, enseñar a identificarse con el autor, para una mayor penetración en su recuerdo.

Por un lado, esta voluntad integradora en el texto para su mejor comprensión, pero, por otro, una actualización subjetiva, resonante, para un mejor comprender y comprenderse. Con seguridad, Salinas representa una de las materializaciones más logradas de esa «colaboración espiritual» que García Morente soñaba que hubiera entre los maestros y discípulos de su Facultad.

Debemos, además, tener siempre presente que la circunstancia de Pedro Salinas en estos años tenía un nombre propio: Katherine Whitmore. En 1932, Katherine llega a España acompañando a su amiga y jefa del Departamento de Español de Smith College, Caroline Bourland. Fue su amiga la que insistió para que se matriculara en la clase de la Generación del 98 que Salinas impartía. Lo hizo, llegó tarde a la primera sesión y sólo pudo sentarse en la única silla libre situada al final de la clase. Terminada la lección, salió corriendo sin hablar con nadie, pero Pedro Salinas se había fijado en ella y, como Katherine recuerda, «ya había caído el relámpago y la persecución había comenzado»³²:

Yo no necesito tiempo
Para saber cómo eres;
Conocerse es el relámpago...

Salinas provocó un encuentro con las dos amigas y las invitó a cenar en su casa aprovechando que su familia estaba de vacaciones. Esta memorable noche el cielo de Madrid estaba luminoso y Katherine se sintió muy halagada todo el tiempo porque el poeta no hacía más que decirle que su pobre español era excelente. Cuando salieron al balcón y contemplaron las estrellas, Pedro Salinas la invitó a «suicidarse hacia arriba»: Katherine ya estaba fascinada y el mejor poemario de amor del siglo xx en lengua española, *La voz a ti debida*, se había puesto en marcha... El libro se publicaría en 1933, poco después de la inauguración del nuevo pabellón de la Facultad en Ciudad Universitaria, y los estudiantes de Salinas se lanzaron ese año a comprar ejemplares para que se los dedicara³³.

Todas las actividades del poeta, a partir de ese momento, estuvieron en función de esta revelación y conversión amorosa, que hasta condicionó su labor como secretario general de la Universidad Internacional en Santander. Es significativa esta carta de Pedro Salinas a Katherine, pues revela esta prioridad absoluta del



Pedro Salinas. Archivo de la Residencia de Estudiantes, Madrid.

³² Pedro SALINAS, pág. 377. Véase también el artículo de Pilar Piñón en este mismo libro titulado «Alumnado extranjero en la Facultad: las estudiantes de Smith College».

³³ Comunicación de Ana y Elvira Corderch Giménez, hijas de Ana María Giménez Ramos, a Santiago López-Ríos (16 de mayo de 2008).

amor por encima de cualquier otra actividad, especialmente si se trata de cumplir con aburridos requisitos académicos en las viejas instalaciones de la Universidad en el centro de Madrid³⁴:

Carta 67
(manuscrita)

(Madrid,) 6 febrero (de 1933)

Este cuaderno me lo dan en las oposiciones para que tome nota sobre los ejercicios de los opositores. Voy a dedicarlo a *recordarte* por *escrito*, durante estas horas en que me veo sentado en la solemne tribuna, *haciendo de juez*. Es el cuaderno de mis infidelidades a mi deber, de mi fidelidad a mi K. Apuntaré en él lo que se me ocurra, cosas breves, escapatorias, tonterías, caprichos. Será como el escape de la mirada por el balcón, al sentirse aburrido, mientras todos me creen absorto en las disertaciones de los candidatos. No creas que voy a hacerles injusticias, no. ¡Son tan fáciles de juzgar! ¡Todos malos!

Lugar: Salón de Grados de la Universidad de Madrid. Plano.

Personajes: (Mudos, serenos y solemnes.)

Tribunal: Miguel de Unamuno, Jorge Guillén, Yo, Hurtado y Valbuena son semi-personas, ergo semi-personajes.

Opositores: Tres infelices que aspiran a ser profesores.

Público: Dos docenas de infelices que miran cómo los tres infelices aspiran a ser profesores.

Hora: De tres a cinco de la tarde.

Atmósfera: Cuadros viejos en las paredes. Retratos malísimos de profesores ilustres (?). Sillones de estilo español, odiosos. Luz triste. El candidato recita como un sermón su disco. Mis compañeros bostezan, toman notas o escuchan.

Yo

Amo.

³⁴ Pedro SALINAS, págs. 156-157.

A pesar de todas las dificultades, y sobre todo, a pesar del intento de suicido de su mujer que, al descubrir la relación amorosa de su marido, se arrojó al agua desde una barca en Aranjuez, el enamoramiento perduró hasta la muerte del poeta, en 1951; obviamente nunca más con la misma intensidad de los años en los que Salinas fue profesor en esta Facultad. En abril de 1935, como explica Pilar Piñón en este mismo libro, Katherine Whitmore leería su tesis de Doctorado en la Universidad de Madrid titulada *El espíritu del 98 y los personajes de las novelas de época*. De esta tesis –ironías de la vida– sólo se conserva en la Universidad Complutense un único ejemplar, el de Juan Hurtado, donado por su viuda.

De entre los múltiples testimonios sobre las clases que impartía Pedro Salinas nos gustaría destacar a dos de sus estudiantes: un chileno, Luis Enrique Délano (poeta, periodista y diplomático que organizaría años después, bajo las órdenes de su amigo Pablo Neruda, el traslado en barco hasta Valparaíso de 2.200 refugiados exiliados españoles) y su amigo, Camilo José Cela. Ambos rememoran, cada uno a su manera, el encuentro con el profesor. Recuerda Délano:

En la Universidad tenía ahora por lo menos un par de amigos. Uno era nicaragüense, poeta seguramente. El otro, un joven español de veinte años, alto, delgado, guapo (según sus propias palabras), rubio, de ojos nórdicos que le venían de su madre inglesa y genio muy agudo. Se llamaba Camilo José Cela y asistía a los cursos de literatura española, que seguíamos entonces con Ovejero y Salinas.

A Salinas lo describe como «un hombre muy alto, aficionado a los puros habanos, gran disertante de temas literarios y poeta destacado de la generación que surgió del ultraísmo; poeta frío, inteligente». Continúa Délano: Cela y yo «nos sentábamos en el mismo banco y después de las clases nos íbamos conversando hacia Madrid»³⁵.

Cela no estaba matriculado en la Facultad. Él mismo deja el testimonio de sus profesores en sus *Memorias*:

Yo nunca estuve matriculado en la Facultad de Filosofía y Letras, me limité a ir de oyente a las clases de Fernández Montesinos, literatura de los Siglos de Oro, de los siglos XVI y XVII, y de Pedro Salinas, literatura contemporánea, aunque a veces también me colaba en otras: Xavier Zubiri, que entonces era cura, un cura muy civilizado y europeo, historia de la filosofía; García Morente, que después se hizo cura [...], explicaba filosofía, como Gaos, que murió en Méjico; Ortega, que llenaba las aulas a rebosar, metafísica; don Andrés Ovejero, arte, don Andrés Ovejero era diputado socialista y explicaba sus clases, que eran muy amenas y provechosas, en el Museo del Prado; don Américo Castro, de quien después sería amigo, historia de la lengua; don Ramón Menéndez Pidal, que siempre me distinguió con su aleccionadora amistad [...]. A mí me empujaron y ayudaron mucho Lolita Franco, María Zambrano y Pedro Salinas, que me recibió un día en su despacho de la calle Medinaceli y estuvo muy cordial y generoso conmigo³⁶.



Portada de la tesis doctoral de Katherine Whitmore, *El espíritu del 98 y los personajes de las novelas de época* (1935). Biblioteca de la Facultad de Filología de la UCM.

³⁵ Luis Enrique DÉLANO, pág. 145.

³⁶ Camilo José CELA, *Memorias, entendimientos y voluntades*, Madrid, Espasa Calpe, 2001, págs. 177-178.



Camilo José Cela en Madrid en los años 30. Colección particular.

37 Luis Enrique DÉLANO, pág. 186.

38 *Ibidem*, pág. 187.

39 Miguel GARCÍA-POSADA, *Acelerado sueño*, Madrid, Espasa Calpe, 1999, pág. 242.

40 Edmundo OLIVARES BRIONES, *Pablo Neruda: los caminos del mundo. Tras las huellas del poeta itinerante, II (1933-1939)*, Santiago de Chile, Editorial Lom, 2001, pág. 170.

41 *Ibidem*, págs. 171-173, alude a las tres versiones sobre esta visita a la Facultad. Por un lado, la versión de Carlos Morla Lynch, que no aclara el lugar exacto del recital pero alude a la ausencia de Lorca al acto; Emir Rodríguez Monegal, que recuerda el clima de ruido infernal de los centenares de colegiales de preparatoria con el que se encontraron Lorca y Neruda, pero tampoco especifica el lugar exacto de la celebración; y, por último, el testimonio de Luis Enrique Délano, alumno en ese momento. Del contexto de sus palabras cabe deducir que sitúa el recital en la Facultad de Letras de la Ciudad Universitaria.

42 Federico GARCÍA LORCA, *Obras completas*. 6. *Prosa*, ed. M. García-Posada, Madrid, Akal, 1994, I, pág. 423.

Délano evoca una anécdota protagonizada por Camilo José Cela acontecida en la clase de Pedro Salinas:

Pedro Salinas, que nos estaba pasando a Azorín, nos repartió trabajos sobre el autor de *Los Pueblos*. Yo elegí algo sobre estilo, que desarrollé como pude, en media docena de páginas. Cela pidió encargarse del tema que Salinas consideraba el más complicado: el problema del tiempo en Azorín. Llegado el día cada uno leyó su creación. Cuando le tocó el turno a Cela creímos que iba a desenvolver un largo manuscrito, pero lo vimos sacar dos hojitas del bolsillo y leer luego algo sumamente difícil de entender, algo muy breve y complejo que terminaba con arrogancia: «Y conste que no pretendo con esto que la historia se repita». Pedro Salinas no dijo nada, pero juraría que estaba tan desconcertado como nosotros³⁷.

Délano también recuerda el encuentro de los dos amigos con el poeta chileno Pablo Neruda:

Un día estábamos en la Universidad cuando vimos llegar a Neruda y García Lorca. «¿Qué vendrán a hacer?», me pregunté. Me había olvidado de que Pablo iba a dar un recital a los estudiantes. Lorca lo presentó con palabras llenas de admiración y los muchachos escucharon con respeto a ambos poetas. Pablo recitando era entonces más monótono, más parejo, menos enfático y su exclamación tenía algo de sermón, algo monacal.

—Preséntame a Neruda —me pidió Cela³⁸.

Efectivamente, este encuentro en la Facultad se produjo el 6 de diciembre de 1934. Lorca y Neruda se habían conocido en Buenos Aires. El conocimiento de Lorca supone una revelación para el poeta chileno, tal y como lo dejó constatado en muchas ocasiones: «Era un relámpago físico, una energía en continua rapidez, una alegría, un resplandor, una ternura completamente sobrehumana. Su persona era mágica y morena y traía la felicidad»³⁹.

En 1934 Neruda es nombrado cónsul chileno en Barcelona y durante un tiempo vivirá en Madrid y trabajará en Barcelona. El 1 de junio de 1934, al llegar a Madrid en tren por primera vez, lo está esperando su amigo Federico en la estación del Norte con un gran ramo de flores. José Caballero, amigo común de los dos, dejó un bello dibujo sobre este encuentro. La forma con la que Lorca quiso acoger públicamente al poeta chileno fue la de organizar en la Facultad de Letras un acto académico que tendría una repercusión insospechada en la trayectoria del poeta chileno. Edmundo Olivares considera que «el respaldo que recibe [Neruda en este acto] representa su verdadera entrada en la literatura universal»⁴⁰.

Sorprende la disparidad de versiones, a veces contradictorias, sobre la forma en que se desarrolló este acto⁴¹. Al margen de las variantes, por lo menos nos han llegado intactas las palabras de presentación con las que Lorca acoge a Neruda y de las que merece la pena citar un fragmento. Presentación que nos sirve a nosotros

de despedida: lúcidas palabras a manera de colofón de cómo puede entenderse y vivirse la Literatura, de cómo entendieron y vivieron la Literatura en español algunos profesores y muchos estudiantes de la Facultad de García Morente:

Yo os aconsejo oír con atención a este gran poeta y tratar de conoveros con él cada uno a su manera. La poesía requiere una larga iniciación como cualquier deporte, pero hay en la verdadera poesía un perfume, un acento, un rasgo luminoso que todas las criaturas pueden percibir. Y ojalá os sirva para nutrir ese grano de locura que todos llevamos dentro, que muchos matan para colocarse el odioso monóculo de la pedantería libresca y sin el cual es imprudente vivir⁴².